

# Wilhelm Sundheim

un empresario  
alemán  
en la España  
del siglo XIX

María Antonia Peña Guerrero



MARÍA ANTONIA PEÑA GUERRERO

# WILHELM SUNDHEIM

**Un empresario alemán  
en la España del siglo XIX**

Marcial Pons Historia  
2023

La edición de este libro ha contado con la colaboración del Centro de Investigación en Patrimonio Histórico, Cultural y Natural.



**CIPHNCN**

Centro de Investigación en Patrimonio  
Histórico, Cultural y Natural

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© María Antonia Peña Guerrero  
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.  
San Sotero, 6 - 28037 Madrid  
☎ 91 304 33 03  
[edicioneshistoria@marcialpons.es](mailto:edicioneshistoria@marcialpons.es)  
ISBN: 978-84-18752-72-8  
Depósito legal: M. 29.723-2023  
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico  
Fotocomposición: Francisco Javier Rodríguez Albite  
Impresión: Safekat, S. L.  
Madrid, 2023

# Índice

	<u>Pág.</u>
SE ABRE EL ESTANTE .....	9
1. LA DIÁSPORA DE LOS SUNDHEIM .....	13
<i>La clave colombiana</i> .....	22
<i>El triángulo Amberes-Huelva-Barranquilla</i> .....	27
<i>Socios y amigos</i> .....	33
<i>Extranjeros en la villa de Huelva</i> .....	44
<i>La llegada</i> .....	51
2. LA CASA COMERCIAL SUNDHEIM & DOETSCH.....	59
<i>Clara, Peñas Albas y otras minas de manganeso</i> .....	70
<i>Sundheim y la venta de las minas de Riotinto</i> .....	83
<i>Hugh Mackay Matheson, a religious businessman</i> .....	91
<i>Doetsch y sus patentes de corso</i> .....	110
<i>Cobre, hierro y plomo</i> .....	134
3. LA AVENTURA FERROVIARIA.....	143
<i>Los ferrocarriles de Riotinto y Sevilla</i> .....	153
<i>La lucha por el Zafra-Huelva</i> .....	173
4. EL HUERTO DE FRANCISCO MAGDALENO .....	211
<i>Un rey en casa</i> .....	225
<i>No solo sirve la tierra para sembrar</i> .....	235
<i>El proyecto del Hotel Colón</i> .....	253
<i>Sundheim y los fastos del IV Centenario</i> .....	268
<i>De Lindeman a Sundheim</i> .....	294
<i>Una casa en la playa y agua para beber</i> .....	302

	Pág.
5. MECENAZGO, CULTURA Y FILANTROPIA.....	319
<i>Humo y sombras</i> .....	336
<i>Un extranjero entre extranjeros</i> .....	352
6. RETRATO DE UN CABALLERO VENECIANO .....	367
<i>La excesiva modestia es enemiga de la notoriedad</i> .....	402
<i>Los últimos días de Matheson y el final de la Sundheim &amp; Doetsch</i> .....	430
<i>Impresiones de viaje</i> .....	439
<i>Villa Onuba</i> .....	459
7. LA HERENCIA DEL TÍO JORGE.....	475
<i>El joven Carlos Doetsch y Kalt</i> .....	479
<i>La Atlántica</i> .....	487
<i>Las cartas boca arriba</i> .....	501
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	509
APÉNDICES.....	527
1. Testamento de Guillermo Sundheim y Giese, 12 de julio de 1885.....	529
2. Testamento de Henry Doetsch, 18 de mayo de 1895.....	532
3. Testamento de Hugh Mackay Matheson Senior, 1902.....	537
4. Acta notarial a requerimiento de Antonio Sundheim y Giese para hacer constar los detalles de un robo de caudales, 4 de julio de 1876.....	541
5. Árbol genealógico de la familia Sundheim .....	543
6. Árbol genealógico de la familia Giese-Primavesi .....	544
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES .....	545
ÍNDICE DE CUADROS .....	549
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	551
ÍNDICE DE TOPÓNIMOS .....	563

## Se abre el estante

En la mañana del 3 de febrero de 1904 dos hombres y una mujer atraviesan la ciudad de Huelva en dirección al despacho del notario Juan Cádiz Serrano. Uno de ellos es un ingeniero de treinta y un años, se llama Carlos y es soltero; el otro también se llama Carlos —o, en realidad, Karl, porque es alemán—, tiene treinta y tres años, se dedica a la actividad comercial y está casado con la mujer que va con ellos, Justa, de treinta y dos años. La acompaña porque las leyes entonces vigentes impiden a una mujer casada realizar gestiones notariales sin el permiso expreso de su marido. Carlos —el primer Carlos— y Justa, su hermana, son huérfanos de padre y madre y, precisamente, lo que van a formalizar ante el notario es un acta de renuncia de herencia. Algunos meses antes, concretamente el 8 de agosto de 1903, tan solo un día después de la muerte de su padre, el mismo notario ha acudido por indicación de ellos hasta las oficinas comerciales que el fallecido tenía en la calle Sevilla para levantar acta de la «búsqueda de testamento y papeles de valor que en un estante y en varios cajones puedan existir». Y se dice en ella:

«Se abre el estante y, hecho un minucioso reconocimiento, no se encuentra testamento ni acto alguno de última voluntad. Los documentos que encontramos son cartas, tarjetas, estados de cuenta y documentos mercantiles, pero no se halla testamento alguno. A seguida, se abren los cajones de un mueble que existe en la misma oficina y se encuentran fotografías, cartas y otros documentos de comercio, pero tampoco se encuentra copia ni original de testamento ológrafo»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Acta notarial para hacer constar que no existe testamento ológrafo de Gui-

Lo que se busca tan afanosamente es el testamento de Wilhelm Sundheim, más conocido en España por su nombre castellanizado, Guillermo Sundheim y Giese, fallecido el 7 de agosto de 1903. Carlos y Justa son dos de sus tres hijos; el tercero, Guillermo, vive en Lieja desde que contrajo matrimonio en 1890 con Louise de Foestraets y Gosuin, una joven de la nobleza belga. El otro Carlos, Karl Doetsch y Kalt, es su yerno y, además, sobrino carnal del que fue en vida su socio, su amigo, casi su hermano: el también alemán Heinrich Doetsch.

Esta búsqueda de un testamento en las estanterías y cajones de una oficina me arranca, con perdón, una sonrisa. Más que un hecho de contrastado rigor notarial, parece la representación de un libreto teatral. No sé a ciencia cierta a qué extraña intención responde este episodio, aunque puedo sospecharla. Solo un individuo excéntrico y descuidado —y Sundheim, desde luego, no era ninguna de las dos cosas— guardaría un testamento que ha de regular el destino de sus bienes y preservar el bienestar de sus herederos en un cajón revuelto, entre papeles varios, cartas, tarjetas y fotografías. Normalmente, un testamento se guarda en un sitio reservado y a buen recaudo y, si no aparece, se busca su copia donde siempre suele estar: en la notaría, es decir, donde yo misma lo he encontrado al cabo de más de un siglo. Y, seguramente, si Carlos y Justa hubieran buscado con suficiente interés, también ellos hubieran encontrado, al menos, uno de los tres testamentos que su padre había ordenado redactar con toda prevención y meticulosidad a lo largo de su vida; por ejemplo, el redactado ante el notario Emilio Cano y Cáceres —que, además, fue durante mucho tiempo su notario de cabecera— en el año 1885, cuando la amenaza del cólera morbo se cernía gravemente sobre España y cualquier ciudadano podía sentir en su nuca el aliento de la muerte. Esta escenificación se redondea, finalmente, seis meses más tarde, cuando estos dos hijos de Guillermo Sundheim, en esa mañana invernal del 3 de febrero de 1904, hacen renuncia explícita de cualquier herencia que les pueda o pudiera pertenecer<sup>2</sup>.

---

lermo Sundheim, 8 de agosto de 1903, AHPH, Protocolo notarial, Escribanía de Juan Cádiz Serrano, leg. 1936, fol. 441.

<sup>2</sup> Renuncia de herencia de Justa y Carlos Sundheim de la Cueva, 3 de febrero de 1904, AHPH, Protocolo notarial, Escribanía de Juan Cádiz Serrano, leg. 1938, fol. 173.

No me sorprende. No pocas veces los documentos juegan con la confianza y credulidad de los historiadores y les mienten. A lo largo de mi investigación sobre la vida de Sundheim, he encontrado muchas cosas curiosas e inesperadas. El testamento de su concuñado, el también alemán Georg Rieken, es una breve nota bilingüe, escrita de su puño y letra, en la que, en un escueto alemán y en un torpe español, declaraba como única y universal heredera a su «mui querida Esposa». Encontré esa nota entre los folios acartonados de un legajo del protocolo notarial, dentro de un pequeño sobre de color azul cielo en el que Rieken había escrito con pulcra caligrafía: «Para mi muger querida». El testamento de su amigo Heinrich Doetsch, en cambio, es un larguísimo documento escrito en inglés en el que el testador no ahorra detalles vitales y elabora un sofisticado mecanismo de reparto de sus dineros que combina el estado civil, el sexo, la edad y las circunstancias de sus parientes más allegados para determinar, como si se aplicara un algoritmo matemático, lo que cada uno merece o necesita. Encontré en ese testamento que Doetsch era propietario de una de las mejores colecciones europeas de pintura renacentista y barroca. Cuando pude ir a la British Library de Londres y acceder a los catálogos de esta que elaboró la casa Christie's para su subasta, y tuve ante mí las descripciones detalladas de los *tizianos*, *caravaggios* y *michelangelos*, apenas podía creerlo.

Ahora estos catálogos ya están colgados en la red y pueden consultarse sin ningún problema, pero la emoción del descubrimiento no es la misma. Hablo de esa emoción irreplicable que he experimentado innumerables veces, estímulo intelectual inenarrable, que hace que valga la pena dedicar horas y horas, sean de verano o de invierno, de vacaciones o período lectivo, a la indagación, cuando de esta resulta el hecho de hallar un documento inédito, una referencia periodística perdida entre miles otras, un texto publicado en el pasado y extraviado, un dato, en fin, que, como hilo de Ariadna, nos ayuda a manejarnos en el laberinto del tiempo. Y viene al caso hablar del «hilo de Ariadna» o del *breadcrumb*, en clave cibernética, si se quiere, para explicar que sin internet este libro no sería, en ningún caso, ni sombra de lo que ahora es. Los registros genealógicos, el material fotográfico, la identificación de personajes y escenarios, los fondos documentales y hemerográficos (nacionales y extranjeros), la bibliografía antigua, entre otros, están tan a la mano que, incluso, obligan a redoblar los esfuerzos de contención y síntesis que, en puridad, son propios del



historiador. Ni que decir de la necesidad de filtrar de forma continua, severamente, la vorágine informativa que flota, como el plancton, en este océano digital por el que navegamos.

Pero volvamos al 3 de febrero de 1904 y a los testamentos. Sundheim había dejado una ruina que nadie quería; Rieken, un imponente patrimonio que, sin embargo, cabía en un minúsculo sobre azul; Doetsch, una fortuna que, en realidad, al poco, se esfumaría; el más rico de todos los que rodearon al primero, Hugh Matheson, apenas lo parecería en su austero testamento presbiteriano. En el camino de la investigación, no siempre, pero sí a veces, el historiador se topa de bruces con la grave, y a la vez leve, evidencia de lo humano. Renunciar a una herencia porque lo que se teme es que esta arrastre consigo más deudas que beneficios es —coincidirán conmigo— una circunstancia muy humana, en la que el miedo, la prudencia y la vergüenza se entremezclan. En el propio gesto de hacerlo, los individuos —en este caso, dos hermanos— contemplan la irremediable fugacidad de la vida y la implacable volatilidad de la riqueza, ejemplificada en el círculo vital de un hombre, su padre, que llegó a ser el empresario más rico de la provincia de Huelva —uno de los más acaudalados de España— y que, sin embargo, murió arruinado.

De eso trata, esencialmente, este libro: de personas, de procesos que se abren y se cierran, de órbitas concéntricas y excéntricas por las que se mueven los seres humanos en el tiempo; de cosas que empiezan y acaban con el riesgo de perderse en la memoria. En fin, de la vida misma.